







Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, Carlota Lama

© 2015, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maité Molina

Cubierta

Vasco Lopes

Maquetación

Noemí Buesule

Impresión

QP Print

Revisión

Carlos Cote Caballero

Primera edición: Febrero de 2016

Depósito Legal: DL B 3064-2016

ISBN: 978-84-16281-71-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Carlota Lama

LOS NOMBRES
DE LA TÍA LITA

Nova Casa Editorial



AMELITA

Cuando la conocí ya no tenía apellido. Ni siquiera tenía nombre.

Había nacido cuando el mundo era muy pequeño, las casas muy grandes, los hombres muy hombres y las mujeres aún se desmayaban. Su vida le permitió observar cómo el mundo se hacía cada vez más grande, las casas más pequeñas, los hombres ya no eran tan hombres, y las mujeres llegaban a la conclusión de que desmayarse, además de una tontería, era una pérdida de tiempo.

Su padre, hombre sereno de mirar transparente y azul, llevaba una pañería en el centro mismo de la capital. Paños el Nuevo Mundo. “Gran hombre de negocios”, dirían años más tarde algunos de sus hijos.

Su madre, doña Petronila, que ya nunca se desmayaba, redonda, ojos negros cuadrados, recia, dispuesta, entre semana peinada con moño bajo, los domingos en misa rulito trasero bajo el velo negro.

Nueve hijos, solo una chica, todos guapos, algunos altos y rubios, otros morenos, y siempre vestidos con buenos paños. Una familia orgullosa, católica y cumplidora, ejemplo de virtudes tradicionales, y cómodamente ubicada en la cerrada sociedad de la que formaba parte.

Solo un leve borrón ya muy escondido en el tiempo empañaba la claridad de aquella ejemplar familia. Don Camilo había tenido un desafortunado desliz en su despedida de soltero a consecuencia de un exceso de alcohol que sus amigos le habían obligado a beber. La falta de costumbre de su cuerpo con aquellos estimulantes había

hecho el resto. Retozó con una buena moza a la que deslumbró con su porte y elegancia y a los nueve meses apareció la consecuencia. Un niño de ojos muy negros y brillantes y tez demasiado oscura para venir al mundo en tierra de celtas. Al poco tiempo del nacimiento, la madre de la criatura se presentó en casa de los González con enorme timidez y un niño envuelto en harapos.

—Don Camilo, por favor —dijo la joven madre cuando le abrieron la puerta.

—Pase. ¿De parte de quién? —le preguntó otra joven sin sonrisa.

—María, soy María. Quizás él ya no se acuerde de mí...

—Un momento. —Petronila, que por aquel entonces aún no se había ganado el doña, frunció el ceño y miró de reojo y no sin bastante envidia el hatillo con vida que aquella mujer traía en sus brazos. Después de 10 meses de matrimonio su vientre no acababa de despertar por mucho que rezaba y cumplía con todos sus deberes de esposa. Recorrió el largo pasillo hasta el cuarto de estar donde su marido pasaba las mañanas de los domingos hasta la hora de misa.

—Una chica pregunta por ti —le dijo.

Don Camilo, ser varón de buena familia y lucir corbata eran los únicos requerimientos para ser honrado con un don, se levantó con agilidad a pesar de su tamaño y acudió al recibidor en el que se encontraba una sombra. La pasó a la sala y cerró la puerta. Al cabo de dos horas salió con el hatillo en brazos, despidió a la sombra y apretó su culpabilidad contra su pecho. Le habían puesto contra las cuerdas.

—Es suyo y no puedo criarlo, no tengo dinero. ¿Lo quiere o lo llevo a la inclusa? Acaba de comer.

Aquel espléndido cuerpo se encogió y perdió su color. Miró el hatillo y vio algo muy, muy pequeño y muy indefenso. Tan indefenso que tardó segundos en tomar la decisión. Se lo quedaba.

—Vuelve cuando le toque comer otra vez —le dijo antes de cerrar la puerta de la calle.

Tenía unos segundos, el largo del pasillo, para decidir cómo decírselo a su mujer y un par de horas hasta que aquella chica volviese y le comunicasen la solución definitiva.

Fue a partir de ese momento cuando Petronila se ganó el título de doña. La sinceridad de su marido, las ganas que tenía ella de tener un hijo y la imagen de aquel ser inofensivo y diminuto envuelto en harapos hicieron el resto. Consiguió dominar el ataque de envidia corrosiva que automáticamente invadió su cabeza y decidió que aquel niño también sería hijo suyo. A partir de ese momento comenzó a mandar. La madre sería el ama de cría y viviría en el piso de arriba hasta que el niño se pudiera alimentar con sólidos. Después se largaría de su casa. Quedaba prohibido que su marido y esa niña, apenas dieciséis años, se encontrasen en ningún rincón de la casa. Ella le subiría al niño a las horas de comer y por las noches para que los dejara dormir. La madre sería pues, ama de cría y nido. Por sus servicios recibiría alojamiento, comida y un pequeño complemento económico. Aunque muy joven, don Camilo ya tenía un buen puesto en la pañería y vivían desahogadamente. Hicieron un pacto; los tres mantendrían, de cara a la sociedad, que la madre era del pueblo de don Camilo y había sido enviada por el cura para que esta conocida familia les ayudase. Ya que no tenían hijos, ellos habían decidido adoptar al pequeño, emplear a su madre para que lo criase y buscarle luego algún trabajo. La chica fue seriamente amenazada si desvelaba la verdad en algún momento y obligada a olvidarse del niño a partir del día en que sus cuidados ya no fueran necesarios. Por supuesto el niño venía sin bautizar. Le pusieron Isidro y se celebró un bautizo por todo lo alto para que nadie pudiera sospechar nada. Toda la sociedad del momento alabó la desprendida bondad de los González y su ejemplo de caridad cristiana. A los tres meses doña Petronila se quedó embarazada y no paró de dar a luz hijo tras hijo hasta muchos años después.

Un buen día doña Petronila notó que su redondez volvía a aumentar por novena vez y dio gracias a Dios por esta nueva bendición. También le pidió al Todopoderoso que aumentase el frío de aquel invierno atlántico para que su esposo pudiera vender más panas, franelas y lanas. Unos meses más tarde cuando, por fin, el cielo abrió entre las tercas nubes invernales nació Amelia con sol. En esta tierra no era fácil nacer con sol, por eso Amelia sonrió muy pronto y siempre se la oyó reír. Incluso tras las épocas más duras que la vida le tenía reservadas, su sonrisa reaparecería poco a poco, porque nada ni nadie sería capaz de apagarla para siempre.

Era habitual en aquella época que las buenas familias tuvieran un amigo cursi y arreglado, siempre soltero, que tenía a bien aparecer por las tardes para compartir los bizcochos recién salidos de las cocinas. El amigo cursi, que llevaba una semana sin personarse en casa de sus amigos por respeto a los quehaceres que siempre acarrea un nacimiento, pensó que había llegado el momento de ir a dar la enhorabuena.

—¡Hay que ver, Petronila, lo radiante que se la ve a usted!

—Bueno, bueno, amigo, no exagere... ¡Que si usted supiera el trabajo que pueden dar diez criaturas!

—Pero nuestra Amelita parece ser muy apacible y soñadora. Mire, mire; hasta se diría que ya quiere sonreír.

Fue así como la tía Lita, recién bautizada Amelia, empezaría a ser llamada durante los primeros años de su vida. Este diminutivo ñoño encajaba cada vez menos con la niña espontánea, divertida y algo escandalosa en que se iría convirtiendo.

Doña Petronila, que en un principio estaba encantada de tener una niña que hiciera compañía a su otra hija, Pura, además de estar harta de tanto varón dando pelotazos todo el santo día, pronto comenzó a tener una cierta preocupación con la menor de sus hijas. Algo notaba ella en aquella niña risueña que no era del todo correcto, pero no sabía muy bien qué. Su experiencia de

haber sacado adelante a nueve hijos no parecía servirle de mucho porque los nueve, aunque todavía pequeños, estaban ya educados como Dios manda. Todo el mundo se lo decía. Eran un ejemplo de buenos modales. Pero ahora, y sin saber por qué, veía cómo, con el paso de los meses, aquel torbellino de niña se le escurría de las manos y parecía tener ya una vida propia totalmente ajena a la suya. Armada de valor decidió comentarlo con su esposo.

—Camilo, ¿no crees que nuestra Amelita es demasiado inquieta? A veces pienso que no siente respeto por las cosas sagradas. Fíjate, cuando la llevamos a misa, no puede estarse quieta. Estoy segura de que no se entera de nada de lo que dice don José.

—Pero mujer, ¡si aún es una niña! Además, he de confesarte que yo tampoco le entiendo mucho.

—Por Dios, Camilo, no irás a decirme que tú tampoco le prestas atención, pues don José es claro como el agua.

—Ya, pero el latín...

—El latín es la lengua del Señor, se repite y ya está.

—Amelita es una niña inquieta y algo traviesa, pero no me negarás que es la más cariñosa de todos nuestros hijos.

—Pues a mí me gustaría que fuese más formal, como su hermana o como Isidro. A ellos se les puede llevar a cualquier sitio, siempre educados y respetuosos.

—No te apures, Petronila, ya la irás educando tú con el tiempo. Hasta ahora ningún hijo ha podido contigo y experiencia no te falta —le contestó D. Camilo con esa ironía pacífica que tan buenos resultados le estaba dando en su matrimonio.

Pero aquí sí que se equivocaba don Camilo. Toda la fuerza y clarividencia con que Dios iluminaba a diario a doña Petronila no bastaron para que esta santa mujer, ejemplo de virtudes y sacrificios, pudiera clonarse en su hija. Un gen incómodo que andaba algo descontrolado por los vericuetos hereditarios de aquella perfecta

familia había osado presentarse en algunos de sus hijos, con especial interés en Amelita. Camilo, el anterior en edad, e inseparable de su hermana pequeña porque también había nacido con sol, escribía versos a escondidas, y lo que es peor, no sabía jugar al fútbol... Y Paco, el tercero de los chicos y el más guapo, apretaba demasiado a demasiadas chicas en las verbenas del Casino.

Los González vivían en una de aquellas amplias casas que podían acoger a las familias numerosas de entonces porque todavía el espacio no era un privilegio. Un dúplex, lo llamaríamos hoy, siendo el piso superior una especie de buhardilla enorme con muchas habitaciones. Amelita era completamente feliz en esta casa pues todos sus recovecos, pasillos larguísimos, habitaciones oscuras y misteriosas eran todo lo que ella necesitaba para escenificar sus sueños. Dormía con su hermana en “la habitación de delante”, la única que, con la de sus padres, daba a la plaza. Se comunicaban ambas por una galería calentita y luminosa cuando asomaba el sol, fría y aterradora cuando el temporal del mar llegaba hasta sus cristales. Allí, donde a veces la castigaban, se convertía en pirata luchando con el viento y las olas, o recibía a sus súbditos, sentada en su trono bajo el sol. Pero a ella, aquella parte noble de la casa no le gustaba nada. Era demasiado seria y se ahogaba bajo el control de sus padres y su hermana. Se despertaba muy pronto y salía disparada sin lavarse por aquel pasillo oscuro y larguísimo, pero siempre había un obstáculo que superar. De una puerta estrecha y misteriosa a la derecha salía, justo en el momento de pasar, un pie enorme, huesudo, y limpísimo que se enredaba hábilmente entre los suyos y la hacía rodar sobre la alfombra.

—¡Cochina! —Y se oía una risita—. No olvides que eres de ciudad y no de aldea.

Amelita no podía entender qué tenía que ver lavarse por la mañana con ser de ciudad o de aldea, pues su amigo Juan, el hijo del lechero, que sí era de aldea, iba reluciente. Se lo tendría que preguntar, si podía, porque cada vez que intentaba hablar con él,

cuando traían la leche, alguien se la llevaba a otra parte. Su amistad era secreta, callejera y escondida porque Juan era de otra clase social, vestía ropa muy usada y le salían mal las palabras. A veces los niños se cruzaban en la calle y se sonreían con la misma sonrisa amplia y cómplice. Otras, las mejores, se encontraban en la lechería cuando Amelita era enviada a algún recado y se colaba a visitar a su amigo. Allí, bajo el intenso olor a vaca podían reír a gusto, inventar juegos, fantásticas historias o imaginar las aventuras que vivirían si a Amelita la dejaban ir a la aldea de Juan. Más de una vez había pedido Juan padre llevarse a la niña un par de días al pueblo, pero la rotunda negativa de doña Petronila había hecho que no volviese a insistir en el tema.

Isidro, su hermano más serio, el lobo que sacaba la patita por debajo de la puerta todas las mañanas, y que estaba segura de que algún día se la comería cruda porque no paraba de comer y crecer, siempre tenía hambre y nunca engordaba, habitaba esa cueva lúgubre con ventanuco estrecho y llena de cosas raras donde nunca se atrevía a entrar. A Isidro le apasionaba disecar animales y aunque le habían organizado una especie de laboratorio en un rincón del lavadero, siempre conseguía meter en su cueva algún bicho amenazante que se asomaba al abrir la puerta. Taxidermia, ponía un letrero colgado en ella.

—Qué es taxidermia —le había preguntado Amelita mil veces a su hermano.

—Las enanas no preguntan —era la contestación habitual.

—Si no pregunto no aprendo —insistía ella.

—Peor para ti. —E Isidro la miraba fijamente con esos ojos enormes, negros y tan brillantes que la niña salía corriendo muerta de miedo. Esta vez me come, pensaba mientras corría.

La afición de Isidro había sido uno de los muchos conflictos familiares que D. Camilo había tenido que resolver con paciencia y sabiduría. Porque al niño lo que verdaderamente le gustaba era

disecar bichos repugnantes que dejaban la cocina maloliente y la basura llena de vísceras asquerosas. Aquel niño tan limpio era, sin embargo, una fábrica de restos putrefactos.

—Petronila, a un hijo con espíritu científico hay que darle oportunidades —argumentaba D. Camilo.

—¡Pero es que un día nos va a envenenar a todos! ¡No sabes cómo pone la cocina!

—Déjalo, no te preocupes, Julia la tiene impecable.

—¡Pero el olor, invade toda la casa!

—¿No decías que los bichos los tiene en la buhardilla?

—Ya, pero siempre esconde alguno en su habitación para asustar a los pequeños.

—Cosas de niños, no te metas.

Doña Petronila, que desde que aquel hijo había entrado en casa había tomado claramente el mando de la tribu apoyada en una buena dosis de superioridad moral, era, sin embargo, muy cauta cuando de los conflictos con Isidro se trataba. Su intuición le decía que había que tratar con sabiduría a aquel niño, y que, si por su culpa se enfrentaba a su marido, había que hacerlo con habilidad gallega. Por eso asumía una actitud más dócil de lo habitual y si no era absolutamente necesario dejaba que su marido saliera victorioso en los enfrentamientos o por lo menos lo pareciera. Por su parte Isidro, que parecía ser el más hábil de los hijos varones, intuía este conflicto con bastante claridad y se aprovechaba de la situación siempre que podía.

Siguiendo por el pasillo y pasada la puerta de la calle estaba la sala. Aquí pasaban a las visitas como don Eleuterio y debía ser un sitio muy importante porque solo se podía entrar cuando llamaban desde dentro y siempre vestidos de calle. También se utilizaba esta habitación para regañar a los que habían sido malos, siempre los mismos. En estos casos se permitía el acceso en ropa de casa.

Amelita, que era llamada con frecuencia a este lugar, pensaba que así debía ser el infierno de oscuro y de helado, pues ella, que había nacido con sol, estaba convencida de que en el infierno no solo no te quemabas, sino que tenía que hacer un frío espantoso.

¡La magia de la cocina!.. Aquí vivía y reinaba Julia, por cierto, otra de aldea y limpiísima, que amasando y amasando harinas, huevos, leche, azúcares y quién sabe cuántas cosas más, conseguía que salieran del horno aquellos olores mareantes y poco después, seguidos por la mirada maravillada de diez pares de ojos: panes, bollos, empanadas y pasteles los domingos. En el colo¹ de Juliña pasaba Amelita largas horas. Juliña era blandita, olía muy bien, contaba maravillosos cuentos de lobos de su aldea y siempre la defendía cuando se metía en líos. Además, cuando era vigilia le daba a escondidas trocitos de pollo porque tenía que crecer. No creía en esos pecados tan tontos, decía. Era uno más de los secretos que tenían ambas y que siempre estaban envueltos en una mezcla de misterio y prohibición que fascinaban a la niña. Julia tenía la suerte de dormir en el piso de arriba, la buhardilla, con los niños. Amelita había intentado con la ayuda de la cocinera, que se ofrecía a cuidarla a costa de su sueño si hiciera falta, pasar al piso superior, pero la tradición era inquebrantable. El pequeño de turno dormía cerca de sus padres hasta cumplir los cinco años. En ese momento el niño y su ama de cría, si aún seguía en la familia, eran autorizados a subir la escalera de caracol con todas sus pertenencias. Era la prueba de que la primera infancia había sido superada. Aquellos que por fin subían definitivamente a la planta superior lo hacían rebosantes de orgullo e importancia.

Amelita desconocía el motivo por el cual Isidro y Pura vivían abajo, pero estaba claro que se les veía contentos en aquella penumbra y que jamás protestaron por ello. Al revés, se sentían privilegiados y muy maduros. Amelita se temía lo peor, como era una niña, era probable que se viera obligada a dormir con su hermana el resto

1 Regazo

de su existencia. ¡Crudo porvenir, especialmente cuando la posibilidad de divertirse por las noches estaba tan cerca! Todos los días antes de dormirse, miraba al techo de su habitación, se quedaba muy quieta conteniendo la respiración para poder escuchar las risas ahogadas de sus hermanos y las carreras descontroladas de pies de puntillas seguidas casi siempre por la voz autoritaria de doña Petronila llamando al orden. Después se dormía con la sensación de estar perdiéndose algo muy importante de la vida.

Pegada a la cocina había una puerta muy pequeña que tapaba la estrechísima escalera de caracol de madera desgastada y grisácea que subía al cielo. La buhardilla... La maravillosa buhardilla. El suelo de madera crujía al andar, el tejado cantaba cuando llovía, y los cristales de los tragaluces transmitían el calorcito cuando salía el sol. En dos o tres rincones había unas latas para las goteras que contaban en alto las gotas que iban cayendo. Había muchas habitaciones todas llenas de cosas y niños. Al fondo del pasillo estaba el trastero cerrado con llave porque allí se guardaban todos los tesoros que los piratas habían traído de tierras lejanas. A su lado un cuartucho maloliente, largo y muy estrecho, donde se amontonaban los bichos de Isidro: era el único espacio en aquel piso del que Amelita huía. Al principio no le tenía miedo, pero un día que se había colado dentro para ver un pájaro nuevo, alguien le cerró la puerta y le apagó la luz desde fuera. Los gritos de Amelita no tardaron mucho en llegar al piso de abajo, pero cuando subieron a rescatarla, la niña estaba tan asustada que tardó horas en parar de llorar y semanas en volver a subir. El culpable nunca fue encontrado, ya que con el susto, los gritos y las carreras, todos se habían escondido en sus habitaciones, incluso algunos debajo de las camas. Por lo tanto se generalizó el castigo; todos a la cama sin cenar, una semana sin dulces ni postres, y dos domingos enteros sin pisar la calle excepto para ir a misa con obligación de confesarse. Don Camilo anduvo muy serio una semana completa y los niños no se atrevían a mirarle a los ojos. Solo Isidro, cuya mirada ya estaba a la altura de la de su padre, se atrevía a desafiarle. Don Camilo comenzaba a preocuparse por aquel hijo que

tan distinto había salido al resto de sus hermanos. Por supuesto, jamás habló de estas inquietudes con su mujer, que hubiera aprovechado la oportunidad para darle una lección de moralidad y sacar a relucir aquel victimismo que tanto le gustaba utilizar con él. Pero cuando observaba a aquel chico taciturno y retraído que raras veces se integraba en los juegos con sus hermanos se preguntaba una y otra vez hasta qué punto la herencia que Isidro llevaba dentro iba a crearle problemas serios.

En el cielo se andaba descalzo para no molestar a los de abajo. A nadie de los que habitaban el cielo le dolía la cabeza como a los de abajo. Se podía reír y llorar cuando se tenían ganas, cantar y gritar (no demasiado alto) aunque fuese Semana Santa y sobre todo se podía jugar sin parar. A veces, y con un poco de suerte, hasta se podía uno pelear sin que se enterara nadie. Camilo, que dormía solo en un cuarto minúsculo, porque también él era minúsculo, incluso tenía una mesita con algunos libros que limpiaba todos los días uno a uno. Debajo de su colchón escondía los versos que solo podía escuchar Amelita. En esta habitación descubrió la niña los libros de cuentos. Quería aprender a leer como Camilo, al que había enseñado don Camilo cuando volvía de trabajar por las tardes. A ella no le gustaba nada eso de coser o bordar, pero se emocionaba al escuchar las palabras que iban saliendo de la boca de su hermano cuando abría un libro y leía cada vez con más soltura. Le parecía imposible que todas aquellas personas y aventuras pudieran estar dentro de unas páginas tan delgadas. Le pediría a su padre que también le enseñase a ella. Le diría que solo quería aprender a leer, y que todo lo demás no le interesaba nada. Una tarde a la caída del sol empezaron las clases en una mesita de la galería. Doña Petronila, que no sabía nada, apareció por allí con la labor del día.

—Camilo, ¿qué le enseñas a la niña? —dijo al pasar mirando de reojo.

—Me ha pedido que le enseñe a leer como a Camilo.

—¡Jesús, qué disparate, con lo pequeña que es! Además, debería aprender antes cosas mucho más útiles, como bordar o coser, o incluso algo de piano, pero... ¡leer!

—¡Papá! —Los grandes ojos oscuros de Amelita rogaban con pasión que por favor, por favor, le enseñaran a perderse entre las letras.

—Mira Petronila, esta niña parece que tiene una facilidad e interés que es bueno aprovechar. Más adelante ya le enseñarás tú esas otras cosas.

—Tú verás... pero yo creo que ya es bastante fantástica sin leer como para que, aun encima, le des tú más facilidades con los libros —replicó, airada, doña Petronila.

Pero don Camilo ya había tomado la decisión de enseñar a su hija pequeña. La verdad es que no estaba del todo seguro de la conveniencia de que Amelita supiera leer tan pronto, pero el entusiasmo y rapidez de la niña en aprender le quitaron las dudas.

Amelita fue descubriendo poco a poco la magia de la lectura. No leía, entraba en los libros con todo su ser y desaparecía del mundo que la rodeaba para desesperación de doña Petronila.

—¡Buena la has hecho, Camilo, con esta gracia tuya de que la niña lea! Se pasa el día en las nubes. A saber lo que encuentra en esos libros...

Nunca llegaría a tener una gran biblioteca, como nunca tuvo grandes cosas, pero los libros que vivían con ella serían, como las plantas, su mayor tesoro, su refugio ante los incomprensibles ataques de la realidad, su consuelo ante la desesperación que causa la impotencia, su placer infinito. Dentro de ellos vivía, reía y lloraba, amaba y vibraba, con ellos huiría de la rigidez de ese mundo tan incomprensible y difícil que la acompañaría en largos periodos de su vida.

Todos los veranos se producía un enorme acontecimiento que trastocaba profundamente el orden y la rutina familiar y hacía que los niños no pudieran estar quietos desde semanas antes. ¡Se organizaba un viaje al sur de Galicia, cerca de Portugal!

Gran parte de la familia de doña Petronila, sus padres y tres hermanos, vivían en un pazo dentro de un bosque cercano al Miño. Era esta una gran casa de piedra verde con una historia profunda y misteriosa. Cuenta la tradición que un número importante de católicos escoceses de la época de María Estuardo se asentó en la comarca tras huir de las persecuciones religiosas de su país. Alguno de aquellos hombres construiría lo que fue el pazo en su origen. Tras dos siglos de bastante oscuridad histórica, la mitad de aquella enorme casa pasó a la familia González, al ser adquirida por los abuelos de Amelita. Allí vivirían hasta el final de sus días, quedándose en ella posteriormente sus tres hijos solteros.

En la otra mitad habitaba el señor Chitón, un viejo avaro y cascarrabias que daba muchísimo miedo y que además no olía nada bien. Los niños nunca habían entrado en su casa, ni se atrevían a acercarse a la puerta, porque en la parroquia se contaban historias tremendas sobre su vida. Su mujer había sido violada y asesinada en el camino de arriba por un hombre respetable de una parroquia vecina. En el lugar del crimen se había levantado una cruz, también de piedra verde. Todos los días a las nueve de la noche, el señor Chitón peregrinaba a la cruz. Era el momento más emocionante del día. Algunos de los hermanos más valientes, entre los que no podía faltar nunca Amelita, seguían, a distancia y camuflados, al señor Chitón hasta el camino. Escondidos también entre tojos, observaban sin respiración cómo don Chitón se quitaba el sombrero que una vez había sido negro, y lo dejaba siempre en la misma piedra del muro, la primera a la derecha de la cruz. Después, muy lentamente, empezaba a agacharse mientras todos sus huesos crujían y protestaban. Los años, la humedad de la casa y la cutrez de espíritu habían oxidado los engranajes de aquel cuerpo rígido y seco. Ya cerca del suelo, sacaba de un bolsillo de la chaqueta un

pañuelo que una vez había sido blanco y lo colocaba con enorme cuidado delante de la cruz. Sobre él se arrodillaba. Los niños desde su escondite empezaban a temblar. Ahora venía lo peor. El señor Chitón comenzaba a hablar bajito y suavemente, como rezando, pero al cabo de un rato interminable, se callaba y de repente, como poseído por el demonio, se ponía en pie de un salto, con repentina agilidad satánica, y comenzaba a gritar cosas espantosas señalando el pie de la cruz. Y daba patadas a la tierra, y puñetazos, y seguía gritando y gritando. Sudaba, lloraba y a veces reía llorando. Para entonces algunos de los hermanos ya se habían hecho pis... Después, muy poco a poco, iba recuperando su serenidad y rigidez. Recogía con enorme esfuerzo el pañuelo del suelo y el sombrero de la piedra y volvía a casa arrastrando los pies. Parece ser que debajo de la cruz estaba prisionero el espíritu siempre libidinoso del asesino. Por eso, si una mujer se atrevía a pasar por delante en la oscuridad de la noche, hora en la que el espíritu acechaba, se le levantaban las faldas. También había un pequeño agujero en la tierra, al pie de la cruz, que el mismo espíritu escarbaba por las noches con la esperanza de escapar. Una vez Camilo tuvo el valor de taparlo con barro muy duro y al día siguiente, cuando al amanecer todos corrieron a verlo, comprobaron con terror que el agujero volvía a estar en su sitio.

Doña Petronila acostumbraba a pasar el mes de Julio en el pazo con sus hermanos. Se llevaba a toda su prole y a Julia. Don Camilo, que no descansaba nunca, se quedaba en la casa de La Coruña acompañado por el silencio.

Aquellos meses quedarían guardados para siempre en la memoria de Amelita. El campo era interminable, infinito, abarrotado de sorpresas y misterios, siempre verde, muy verde. Los caminos del pazo se cubrían con hojas de parra y se adornaban con enormes racimos de uvas todavía a medio madurar. El maíz comenzaba a dorarse bajo el sol y en los campos de arriba ya se empezaban a cavar las patatas. Había una vaca, a veces dos, pero todos los veranos una de ellas se llamaba la Pinta, algunos cerditos todavía pequeños que había que engordar para hacer buenos chorizos y muchas gallinas,

conejos, perros y gatos. Había tantas cosas que hacer y descubrir que los días pasaban sin darse cuenta. Lo único malo, tener que dormir. En verano había gente por todos lados, parientes, invitados, visitantes. Era muy fácil pasar inadvertido, solo había que presentarse puntualmente a las comidas.

La casa de dos pisos tenía forma de L. La familia habitaba el ala que miraba hacia Portugal en el piso de arriba. La solana era uno de los lugares más hechizantes y relajantes del pazo. Era esta una terraza cubierta, amplia y larga, a la que daban todas las ventanas de los dormitorios. La barandilla de piedra había sido invadida por una enredadera siempre verde. Había macetas con plantas por todos lados y la pared se adornaba con antiguos aperos de labranza. Allí se sentaba Amelita a ver salir sol cuando la impaciencia por vivir la levantaba antes que a nadie. Desde allí contemplaba las grandes montañas al otro lado del río, que eran verdes y llenas de árboles como las de aquí, aunque le decían que aquello ya no era Galicia. También desde allí dominaba el mundo entero, pues más allá de aquellas cumbres estaba segura de que ya no había nada. La solana era el lugar perfecto para sobrecogerse con las espantosas tormentas de verano si uno tenía el valor suficiente para aguantarlas sin esconderse debajo de una cama. Camilo se sentaba con ella cuando se despertaban por las mañanas.

—¿Por qué te levantas tan temprano? —preguntaba el niño frotándose los ojos.

—Porque no me gusta dormir.

—Pues no duermas.

—Es que por las noches se me cierran los ojos. Además, si no duermes te mueres.

—Seguro que tú aguantabas sin morirte.

—¡Mira, mira, Camilo, se están deshaciendo las nubes! Si hace bueno, seguro que nos llevan en el carro hasta el campo de abajo.

—No sé si nos dejarán. Ayer mamá estaba muy enfadada.

—Podemos escondernos y nos subimos en el camino.

—Cada día estás peor. Como hoy no vayas a misa seguro que te castigan el resto del verano. ¡Te veo rezando todos los días en la capilla hasta la hora de comer!

—¡Qué gracioso! Además, si me castigan no pienso rezar, jugaré a ser cura, me meteré en el confesionario y pondré horribles penitencias a los malos. ¿A que no te atreves a esconderte y subir al carro conmigo?

—¡Uff, no sé!... Bueno, sí podría, pero ese juego me parece bastante aburrido.

—Mejor que rezar... Anda, ya nos inventaremos otro.

—Pero... pasarme una mañana entera en la capilla.

—Mira, primero te metes tú en el confesionario, me confiesas y yo te cuento mis pecados, y luego al revés.

—Eso es pecado.

—Pues así ya tenemos algo que contarnos.

—Pero es pecado de verdad. Es como una burla.

—Que no, tonto, que es solo un juego. Dios lo entenderá.

Pronto comenzaron a oírse ruidos en las cuadras de abajo. Los niños bajaron disparados porque empezaba otro de los grandes momentos del día, el desayuno animal. Había que dar de comer a la Pinta de turno, ordeñarla y prepararla para tirar del carro. Los cerdos comían las sobras de la cocina de Julia para engordar bien, y las gallinas picoteaban el maíz que les echaban los niños.

La misa de ocho en la capilla era otro de los controles diarios que había que pasar. Muy a menudo se convertía en un serio problema, pues solía coincidir con la salida del carro hacia los campos. Y aquel paseo mañanero en carro era tan apasionante que no se podía perder. Además, solo se podía ir porque siempre volvía cargado de algún producto del campo, patatas, madera, hierba y mil

cosas más. Desde allí arriba, el mundo parecía distinto. Los mayores eran menos altos, la vaca más pequeña, el sol estaba más cerca y la brisa de la mañana acariciaba al pasar. Los perros sueltos te escoltaban ladrando allá abajo, y se podía jugar a ser importante.


La mayoría de los castigos de verano tenían su origen en esta coincidencia horaria. Amelita, que se pasaba las misas pensando por qué camino iría el carro en ese momento, no entendía por qué no retrasaban la misa o adelantaban la salida del carro. Ya lo había pedido varias veces, pero el mundo de los adultos era muy complicado.

Había dos o tres castigos recurrentes en la forma y en los que los sufrían, pero generalmente no muy duraderos; siempre aparecía un alma caritativa que intercedía por el perdón del acusado. El más frecuente era rezar en la capilla y servía para redimir cualquier tipo de pecado. Había otros más específicos como escribir cien veces en la libreta de los castigos: “Es propio de niños malos y crueles perseguir a las gallinas hasta cansarlas.” Este solía recaer en el formal de Isidro, que Dios sabe por qué, cuando divisaba una gallina, se le nublaba el entendimiento y salía corriendo detrás. Este odio visceral sería el único desmán que perturbaría la conciencia de Isidro casi hasta el final de sus días. Era ver una gallina y salir corriendo tras ella, incluso en etapas de su vida en las que ya no era tan niño. Una vez había pegado a una muy fuerte con un palo, lo había visto Camilo con sus propios ojos y lo guardaba en secreto por si algún día necesitaba utilizarlo. La cojera de la gallina sería la prueba de su acusación. También había sido el único animal que Isidro no había intentado disecar. El taxidermista utilizaba las estancias veraniegas en el pazo para aprovisionarse de bichos que después iría disecando con calma. Tenía un secadero en un rincón de la finca en el que colgaba sus bichos eviscerados y malolientes, y que sus hermanos respetaban debido al poder que su hermano mayor tenía en la familia y al miedo que todos tenían a sus chivatazos.

En estos meses de Julio, el cuerpo de Amelita aprovechaba para crecer de forma cada vez más descontrolada. Doña Petronila lo atribuía a la leche de la Pinta y a los huevos de casa, pero empezaba a inquietarse por la altura que iba adquiriendo la niña. Casarla con un hombre de buena familia, tan alto, y sobre todo, que estuviera dispuesto a comprometerse con una chiquilla tan poco seria como su hija, iba a ser un verdadero milagro. Seguro que en toda la ciudad no habría nadie disponible, pues estaba convencida de que ya todo el mundo sabía y comentaba en la ciudad cómo era la menor de los González. Durante el verano la mente de esta madre sacrificada estaba distraída con los acontecimientos de todo tipo que ocurrían en aquella casa de campo, pero era cuando volvía al asfalto cuando su inquietud respecto a sus hijos invadía su pensamiento y, cómo no, era Amelita la que siempre ocupaba un lugar preferente. Doña Petronila no entendía a su hija. Sería que se estaba haciendo mayor, que el cansancio acumulado después de tantos años de criar y criar se lo impedía o que el mundo estaba cambiando sin que ella se diera cuenta. El caso es que aquella niña la traía loca, y para colmo su padre siempre se ponía de su parte y le reía las gracias. Tanta experiencia para nada, pensaba, y va a ser precisamente la última la que se me escape de las manos.

Por desgracia estos treinta días de libertad, de luz y de verdor se acababan siempre por sorpresa. De repente, un buen día volvían a salir los baúles del desván y comenzaban los preparativos para la vuelta a la ciudad. Amelita tardaba días en despedirse. Decía adiós a la Pinta, a las gallinas, a los cerdos ya más redondos que cuando había llegado, al carro de la Pinta cuyo cantar monótono echaría de menos durante el invierno, a las montañas de enfrente, a los racimos de uvas que se comerían otros, al maíz, a la tierra, a las piedras.

Esta casa eterna, perdida entre el rumor de pinos despeluchados, testigo inmutable de las peculiares andanzas de longevas generaciones, tendría por costumbre atar para siempre el corazón de sus moradores. Todos los que durmieron entre sus piedras verdes, vivieron su vida de aldea, compartieron sus épocas de enorme



pobreza o de espectacular lujo, todos, todos sintieron al partir una morriña también eterna.

Amelita, que además de Galicia, pasaría etapas de su vida en lugares como Madrid, Zaragoza o África, volvería una y otra vez a esta casa, casi siempre arrastrada por los vientos misteriosos de la intensa y apasionante historia que le tocó vivir.



LITA

—Ya no voy a poder ser tu amigo, seré solo tu hermano —le decía penosamente Camilo un día, camino del colegio.

—¿Por qué?

—Porque tengo que mirarte hacia arriba y eso no está bien.

—¿Por qué?

—Cuando un hombre y una mujer son amigos él debe ser más alto para protegerla.

—¿Eres tonto? Eso da igual —argumentó Amelita con rapidez.

—Pues yo creo que no. No sé por qué tengo que ser el más canijo de la familia.

—Pero si tú eres mi mejor amigo. No podemos dejarlo así de repente y decidir que solo somos hermanos. ¿A quién le ibas a leer tus versos y quién me iba a prestar los libros de aventuras? Oye, en serio, que quiero que sigas siendo mi amigo —le dijo la niña mirándole a los ojos desde arriba.

—¿De verdad no te importa que te acompañe y que te mire desde aquí abajo?

—Verás, intentaré andar un poco encogida, y en cuanto nos paremos en algún sitio me siento. Dentro de casa no importa. Además, aunque seas el más canijo, eres el más guapo, el más divertido y el más bueno. Me defiendes mucho más que todos los altos de la familia quitando a papá. Pero... con una condición.

—¿Cuál?

—Ahora que ya somos mayores no te dejaré que sigas llamándome Amelita, ¡lo odiooo!

—¿Y cómo quieres que te llame?

—A ver... Amelia es un poco serio, está bien para el cole o una historia de amor...

—Meli... Ame... Liíta... ¡Ya está! ¿Te gusta Lita? —le preguntó el hermano.

—Lita... ¡Lita te quiero!... ¡Lita, está usted suspendida! ¡Oh, Lita, Lita, Lita!... —La niña probaba así su nuevo nombre—. No suena mal, creo que cuando me acostumbre me acabará gustando.

—Lita... a mí me gusta, aunque cambiarte de nombre va a ser un poco difícil —decía Camilo entre risas—. Lo intentaré. También voy a intentar jugar más al fútbol a ver si crezco como dice mamá.

—¿Sabes qué? Además de mi mejor amigo eres mi mejor hermano.

—¡Gracias Ame... Lita!

Pasó cierto tiempo hasta que la tía Lita fue llamada Lita por todo el mundo a excepción de las monjas, claro, y don Eleuterio. Llegó un día en que hasta doña Petronila aceptó el nuevo nombre porque aquella hija suya, que iba a acabar con ella, había decidido no contestar a quien la llamase Amelita.

Lita se estaba convirtiendo en muy poco tiempo en una mujer sumamente atractiva. Con doce años ya medía 1,75, y no había chica en toda la ciudad tan alta como ella. A los catorce, además de atractiva, era explosiva. Su cuerpo se encontraba favorecido por todas las redondeces femeninas en los sitios adecuados y por todas las estrecheces, también femeninas y también necesarias para hacer resaltar las anteriores redondeces y darle ese aire gracioso y ligero que la acompañaría siempre. Su cintura, mínima y sabiamente decorada con anchos y llamativos cinturones, no perdería nunca su

perfecta proporción con el resto de su cuerpo. El pelo negro y ondulado y los ojos enormes, rasgados, chispeantes y también negros, le daban un aire muy poco celta. Debió opinar la Naturaleza que estos colores oscuros irían mejor que los pálidos con aquel carácter apasionado que ya había decidido otorgarle. En Lita casi todo era grande. Su cuerpo, sus facciones, sus manos, sus dientes maravillosamente blancos, su espontánea sonrisa, su pasión, su amor. Su afición a los vestidos escasos y faldas menguantes que enseñaban con demasiada frecuencia aquellas piernas interminables, imposibles de tapar, serían el origen de frecuentes y absurdos conflictos. Su espléndido porte, espalda recta, cuello largo, sugerente y su mirada franca y directa, acaparaba todas las miradas de la gente cuando las dos chicas González paseaban por la calle Real o los Cantones. Se decía por la ciudad que aunque su hermana mayor era mucho más perfecta, la pequeña de los González se hacía irresistible, pero era una pena que fuera tan poco formal.

Con estos cambios, Lita iba observando el mundo cada vez desde más arriba. Una sensación de dominio especialmente útil en el colegio. Reñir desde abajo es más complicado para el que riñe y más ventajoso para el reñido. Por ello las avispadas monjas permanecían sentadas detrás de las mesas y colocaban a las amonestadas al pie de la tarima. Lita y su inseparable amiga Susana, eran llamadas a declarar una y otra vez. Solo una cosa impidió que Lita fuese expulsada de aquel santo colegio: su interés por los estudios. Sin embargo, doña Petronila era convocada periódicamente para hacerle partícipe de los desmanes de su hija:

—No atiende en misa, y hasta se ríe en ocasiones durante el rosario, sale al jardín cuando hay clase y se queda en clase leyendo cuando las demás están en el jardín. No atiende cuando se le habla y casi siempre está en las nubes. Está empeñada en que pongamos una canasta de baloncesto. Nunca está en las filas y lo peor es que muchas empiezan a imitarla... —Doña Petronila salía totalmente roja y abochornada y no podía entender cómo con estas faltas tan gravísimas no la echaban del colegio.

—¡Dios mío, Camilo, qué vergüenza, y tú tan tranquilo sin decirle nada!

Estaba claro que don Camilo apenas reñía a su hija, pues además de llegar a la conclusión de que era inútil, también era verdad que empezaba a sentir respeto por aquella personalidad cada día más fuerte y por el tamaño de aquel cuerpo. Tenía que disimular la risa cuando Lita, después de un sermón de su madre, se acercaba a él con aquella mirada llena de rebeldía. La niña le preguntaba una y mil veces por qué no podía ella jugar al baloncesto con sus hermanos altos, por qué en el cole la castigaban a todas horas, por qué las monjas eran cada día más difíciles de entender... Y así, aquel padre tranquilo aguantaba estoicamente las iras rebotadas de su esposa por un lado y las quejas de su hija por otro.

A pesar de estos pequeños conflictos, Lita iba madurando con seguridad. Aunque había cosas a su alrededor que ni entendía ni le gustaban, ya iba adquiriendo, a pesar de su corta edad, una sabia intuición que le ayudaba a evitar las tonterías que complican la existencia. Su vida era plácida y ella estaba decidida a disfrutarla, dándole la intensidad necesaria para hacerla interesante. Los cambios de su cuerpo le parecían mágicos y aunque a veces se sentía algo desconcertada no le preocupaban en absoluto. Era como si intuyese que le esperaban épocas duras, que tenía que aprovechar el presente y permitirse el lujo de dejarse llevar por la vida suavemente. Seguía creando aventuras emocionantes, que le permitían escaparse de los ratos aburridos. Era una sensación increíble ser capaz de huir del mundo real y dejarse llevar por las fantasías de la cabeza. Se podía escapar así de los sermones del párroco los domingos, de las visitas del amigo cursi, de los rosarios, y de tantas y tantas normas y formas que pretendían ahogar su buen humor sin conseguirlo.

Cuando estaba a punto de terminar el colegio comenzaron las dudas sobre el futuro de aquella inquieta criatura. Había un acuerdo general en que Lita servía para los estudios y en que aquella vitalidad desbordante debería ser empleada en algo que la cansara

y que fuera, por supuesto, decente y digno de una señorita de su edad y posición. Las discrepancias comenzaron precisamente con esto último. Don Camilo opinaba que decente y digno podría ser seguir estudiando. Doña Petronila mantenía que era mucho más digno y hasta más decente que su hija aprendiera algo de música, costura y que se preparara, en suma, para ser una buena esposa, como ya lo estaba haciendo su hermana mayor. Julia, siempre que el tema atravesaba la puerta de la cocina, aprovechaba para intervenir bajito: —*Deixen a cativa que escolla*². —El amigo cursi, que no se quería mojar, no fuera a quedarse sin bizcochos, sugería con habilidad gallega: —Una niña tan vital como Amelita seguro que puede ir haciendo un poco de todo. —Después de darle vueltas y más vueltas fue llamada a consultas una hermana de D. Camilo, Sofía, que parecía ser la mujer más intelectual y sensata de la familia. A partir de este momento, doña Petronila comprendió que había perdido la batalla. Esta tía de Lita era soltera, lista, buena, trabajadora pero un poquito liberal de más. Era evidente que entre ella y su cuñada no había mucha química. En opinión de Petronila, una mujer que no ha encontrado hombre que se enamore de ella no es una mujer completa a excepción de las monjas, claro, que se casan con Dios. Pero eso de andar así, sola por el mundo de esa forma tan... ligera, es hasta poco decoroso. ¡Su cuñada aprovechaba las vacaciones para viajar sola! A saber qué haría, con la de peligros que hay por esos mundos... Y esa obsesión con Madrid, eso es que algo oculto tenía allí su cuñada porque no es normal escaparse de La Coruña cada dos por tres para irse al otro extremo del mundo... Ella, que era una mujer como Dios manda, nunca había estado en la capital y no consideraba que fuera una paleta, sobre todo después de escuchar las tropelías que contaban los que allí habían estado. Tampoco podía entender la fascinación que su marido tenía con esta hermana suya. Incomprensible, pero así son los hombres, pensaba con frecuencia. Aunque Petronila no le dedicaba mucho tiempo al pensamiento dejando que los instintos y en especial las

2 Dejen a la niña que escoja.

normas sociales condujeran su vida, tenía un sexto sentido que le indicaba las líneas rojas que no debía cruzar en su matrimonio. La primera había sido Isidro, la segunda era su cuñada. Sofía trabajaba desde siempre como secretaria del director en la Normal de la ciudad. Su sobrina la adoraba y siempre que estaba juntas, su tía le contaba cosas nuevas que pasaban muy lejos, cómo vivía la gente en otros mundos, cómo pensaban otras personas cercanas pero distintas y hasta se iban de paseo a veces por lugares de la ciudad que Lita nunca hubiera podido imaginar que existían. Parte de la fascinación que Lita experimentaba por su tía se basaba en que se podían tener secretos con ella a pesar de ser una persona adulta.

La convocatoria se hizo a traición ya que se pretendía evitar que tía y sobrina se hubieran preparado antes. Se otorgó a la ocasión un aire casi solemne. Primero pasaron a la sala oscura los padres y la opinante. Lita intentaba escuchar detrás de la puerta.

—Querida hermana, veo que sigues tan bien como siempre.

—No te creas, Camilo, que los años ya van pesando...

—Pues, la verdad, no lo parece. La última vez que... ¿Te das cuenta de que hace meses que no te vemos? ¿Qué tal el trabajo? ¿No te vas a jubilar nunca?

—Ya lo sabes, Camilo, el trabajo es la causa de que no venga mucho por aquí. Cada día que pasa tengo más cosas que hacer y salgo tan cansada que solo pienso en irme a casa.

—¡Pues vaya vida todo el día metida en esa escuela! Yo que tú, si no tuviera hijos me dedicaría a otras cosas. No sé para qué quieres tanto dinero... —dejó caer doña Petronila.

—De sobra sabes, Petronila, que si no me dedico a otras cosas es porque este trabajo me gusta muchísimo y además no lo hago por dinero, mi sueldo es bien humilde.

—Bueno, bueno, tengamos la fiesta en paz —intervenía don Camilo algo agobiado, pues quería mucho a las dos mujeres, pero sabía perfectamente el recelo que provocaba en su esposa el respeto que él tenía a la vida, opiniones e ideas de su hermana mayor—. Como ya te hemos dicho, Sofía, queríamos comentar contigo el futuro de nuestra hija Lita, como quiere que la llamen ahora. Termina el ciclo escolar muy pronto y no podemos dejarla sin hacer nada con lo inquieta que es. Me gustaría que emplease esa imaginación y esa cabeza en algo útil y bueno para su futuro, pero no nos ponemos de acuerdo.

—La imaginación no es nada buena, por eso creo yo que debería hacer algo que la calmara, como una buena preparación para el matrimonio —intervenía doña Petronila con una mirada algo torva.

—Mujer, creo que te equivocas, la imaginación es un regalo del cielo.

—¿Le habéis preguntado a la niña qué le gustaría hacer? —dejó caer Sofía suavemente.

—¡Jesús, Sofía, qué cosas se te ocurren! A la niña solo se le ocurrirán insensateces, como siempre —saltaba doña Petronila muy acalorada.

—Quizás tengas razón, hermana. Anda, Petronila, escuchemos a la niña.

Lita fue llamada a la sala. Sabía muy bien el porqué de la reunión familiar, ya que, además de escuchar la conversación a través de la puerta, ya había oído discusiones parecidas en los últimos días. Era la primera vez que un adulto le dejaba opinar sobre algo y además en este caso iba a poder participar en su futuro. También sabía que aquello era idea de su tía y se sentía emocionada. Podría decir lo que pensaba de verdad pues ella la protegería.

—Lita, tus padres están pensando en tu futuro, porque estás a punto de terminar el colegio. Creo que les interesa mucho saber qué te gustaría hacer después —se adelantó a decir Sofía.

—¿A mí?... Bueno, pues... —Los ojos muy abiertos de Lita pedían auxilio a los de su tía—. Creo que me gustan las cosas que tú me cuentas de tu escuela, aprender cómo son otros sitios, cosas que pasan ahora y que han pasado antes, sería como irme lejos... Ver enormes mapas llenos de gente distinta, y aprenderlo todo bien para poder enseñárselo luego a los niños. Sí, creo que me gustaría ser maestra. Aunque las mates no se me dan demasiado bien... ¡Y podría leer mucho! ¡Tú me has contado que en la escuela hay una biblioteca que presta libros!

—¡Ya sabía yo!... —murmuraba su madre.

—Mira hija, si te metes en Magisterio tendrás que estudiar duro, no va a ser como el colegio, y además son tres años. Cuando salgas tendrás diecinueve. A mí no me importa que lo hagas, pero si empiezas tienes que terminarlo —decía su padre, que apenas podía disimular el orgullo que sentía ante la primera de todos sus hijos que decidía estudiar una carrera. Aunque para él era algo desconocido, consideraba que la formación intelectual de un hijo era lo más importante que se les podía dejar fuera chico o chica. Pero ninguno de los suyos había pensado en dedicarse en serio al estudio, sino que habían preferido aprender algún oficio rápido o emplearse directamente a la salida del colegio. Dos trabajaban con él en la pañería.

—A mí sí que me importa —seguía murmurando la madre.

—Claro que lo termino y además, tres años no me parece tanto.

La Tía Sofía estaba muda pues sabía muy bien que era lo mejor delante de su cuñada. Ya hablaría ella después con su hermano. La reunión se prolongó, ya sin la interesada, sin mayores aportaciones. Solamente al final y ya cerca de la puerta Sofía dejó caer:

—A mí me encantaría que una hija mía quisiera estudiar Magisterio...

Tras dos o tres conversaciones más de don Camilo con su hermana en las que esta se empleó a fondo, y otras tantas algo más ásperas entre el matrimonio, doña Petronila no tuvo más remedio que doblegarse ante la autoridad de su esposo y Lita fue inscrita para realizar el examen-oposición en la Escuela de Magisterio de la ciudad, conocida como la Normal.

Acababa de aprobarse el año anterior una reforma de las Escuelas Normales promovida por el líder socialista y profesor normalista Rodolfo Llopis en la que se pretendía “formar, independizar, sostener y fortalecer el alma del maestro con el fin de que se convirtiera así en el alma de la escuela”. La reforma de la escuela, tema absolutamente prioritario para los republicanos, tenía su núcleo central en la reforma de las Normales.

Doña Petronila no tardó en informarse sobre el ambiente que se respiraba en la Normal de La Coruña y cuando descubrió que la insensata de su hija pequeña iba a mezclarse con los paletos del campo y los maleducados de clase humilde de la ciudad puso el grito en el cielo. Sin embargo, esta vez el cielo no se dignó a escucharla y a pesar de sus revirados rezos en contra, múltiples limosnas interesadas y encubiertos sacrificios, dejó de comer chocolate a escondidas, Lita aprobó el examen de acceso consiguiendo una plaza para estudiar en esta escuela recién reformada.

Era el segundo año de la reforma, cuando ya se habían incorporado y asimilado plenamente los cambios del año anterior por lo que el ambiente en la Normal estaba cargado de entusiasmo y motivación. Fue este entorno tan vital y positivo el que enganchó a Lita desde el primer día. Hasta ahora, todo a su alrededor había estado cargado de matices grisáceos con continuas amenazas en las que siempre se había visto envuelta debido a la insensatez de su espíritu rebelde. Por primera vez en su vida se encontraba en un lugar diferente, sin presiones de ningún tipo, en el que la gente estaba interesada exclusivamente en enseñar y en aprender. La vida íntima

de cada uno quedaba fuera de este ámbito y se respetaba siempre. Nadie se metía con tus creencias u opiniones y te enseñaban desde el primer día a respetar las diferencias. Como la mayoría de los alumnos provenían de institutos de segunda enseñanza en los que el ambiente era tan diferente a la rigidez del colegio de monjas, Lita se encontró de repente sumergida en una marea tan espontánea y abierta que la sorpresa mezclada con la emoción de formar parte de algo tan increíble, le impedía conciliar el sueño por las noches. Repasaba una y otra vez los acontecimientos de las primeras clases, los amigos que iba haciendo, los profesores que iba conociendo. Ya solo el debate que se formó el primer día de clase con el tutor del curso la dejó totalmente cautivada. No tardaría en empezar a comprender que el orden y el trabajo se pueden conseguir por otros medios diferentes a la amenaza y que el esfuerzo personal, el respeto y la responsabilidad serían los valores en los que aquella institución intentaría basar la formación de sus alumnos. Lita tuvo la suerte de recoger los frutos de aquellos primeros años en los que la reforma de las Escuelas Normales se aplicaría con enorme ilusión y esfuerzo.

Pero la Normal tenía otra increíble sorpresa preparada para Lita. El primer día de clase en su aturdimiento se sentó directamente en la primera fila sin mirar a nadie. Fue al pasar lista cuando Lita oyó:

—Juan Álvarez.

—Presente— contestó una voz al final de la sala.

El corazón de Lita dio un salto, se volvió a mirar y allí estaba. Sí, era Juanito, su amigo de la infancia, ¡era él!, el hijo del lechero. ¡Hacía tanto tiempo que no le veía!...

Pero su voz... Juan estaba muy cambiado, era todo un hombre, y estaba tan alto como ella. Eso sí, tipo fideo, como si tanta leche solo le sirviera para crecer. Al terminar la clase fue en su busca. Lo encontró hablando con otro chico, pero se dio cuenta de que la estaba buscando con la mirada. Lita sin pensarlo dos veces le dio un largo abrazo.

—¿Eres tú de verdad?

—Eso parece —contestó el chico, muy colorado.

—¿Dónde te habías metido?

—En el instituto...

—Ya sabes a lo que me refiero —insistió Lita.

—Nos cambiamos de barrio...

—Eso no justifica tu desaparición.

—Es que entre estudiar y ayudar a mi padre no tenía un minuto libre. Ya sabes que en el negocio de la leche no hay días libres.

—Pero sí tardes libres.

—¡Sigues tan pesada como siempre! —se rio el muchacho.

—No es normal desaparecer así de repente como si te hubiera tragado la tierra.

—De acuerdo, te lo cuento. Me dijeron que me apartase de ti.

—No me lo creo.

—Es la verdad.

—¿Quién fue?

—Amelita, ¡eres peor que la Inquisición!

—¡Ni soy Amelita ni acostumbro a torturar! Me llamo Lita.

—¡Ah! De acuerdo. Lita, estás guapísima.

—Sigues sin contestarme.

—Está bien. Un día apareció tu madre en la lechería para hablar con mi padre. Le dijo que habían cambiado de lechero y que ya no necesitaba sus servicios y que además le agradecería que yo no volviese a verte. Al poco tiempo de esto nos fuimos del barrio.

—¿Por qué decías lo de la Inquisición? —fue lo único que se le ocurrió decir a Lita.

- Por el interrogatorio, ¿por qué va a ser?
- Eran terribles, ¿verdad?
- ¿No te lo contaron las monjas?
- Por encima.
- Mira, ya tenemos tema para un buen rato.
- Me alegro mucho de estar contigo en clase, de verdad.
- Yo más.

Aquel día, mientras volvía a casa sola repasando las emociones de su nueva vida, no le quedó más remedio que hacer frente al primer conflicto serio de su vida. Al llegar a la puerta había tomado la única decisión que ella podía tomar: Juan sería su mejor amigo y nadie se lo podría impedir.

Fueron tres años sorprendentes y muy importantes en la vida de Lita. Para empezar, se liberó de la estrecha vigilancia familiar y la pesadilla de las mojas, iba y venía a sus anchas y si cumplía con los inflexibles horarios de las comidas, la dejaban bastante tranquila. Con la excusa de que ya la vigilaba Sofía, se sintió libre de verdad por primera vez en su vida. Pasaba largas horas con Juan, con el que se podía hablar y discutir de todo porque el chico se estaba convirtiendo en un empollón y cada día sabía más de la vida. Sacaba sobresalientes sin ninguna dificultad y le ayudaba en los estudios siempre que Lita lo necesitaba. No tardó mucho Juan en destacar dentro y fuera de su clase. Además, le gustaba el liderazgo. Se presentó a delegado de su clase nada más llegar y por supuesto fue elegido por mayoría absoluta. Aquella primera experiencia con una votación maravilló a Lita, acostumbrada como estaba a que todos en su casa obedecieran órdenes sin rechistar de unos padres impuestos. Así que había otras formas de resolver las cosas en un grupo de gente. En el colegio siempre era la monja de turno la que decidía por las alumnas y como mucho tenía una enchufada, por supuesto nunca ella, a la que le preguntaba alguna cosa de vez en

cuando y a la que utilizaba para imponer su voluntad. Pero ¡poder opinar de verdad! Fue un susto, ya que Lita siempre había opinado con la mirada, con su revolución interior, con su rebeldía espontánea, pero expresarlo en palabras sin enfadarse era otra historia. Tardó su tiempo en aprender a polemizar, discutir y discrepar con normalidad. Su amigo Juan, que fue su delegado los tres años que duró la carrera, sería su verdadero maestro. Además, era el delegado perfecto y nunca se cansó de serlo. Se preocupaba de los intereses de los alumnos, transmitía las quejas o descontentos al tutor del año, se reunía con los profesores cuando había que discutir horarios y no le importaba dedicar gran parte de su tiempo libre para que las cosas funcionaran mejor. Fuera del horario lectivo Lita sabía muy bien dónde encontrarlo. En la biblioteca. Seguro que aquel chico terminaría los tres años de carrera habiéndose leído todo el contenido de aquella abarrotada sala. Lita pensaba que Juan estaba algo obsesionado de más con la lectura y que debería dedicar más tiempo a hacer algo distinto, como jugar al baloncesto con ella o al fútbol con otros chicos, pero su argumento siempre era el mismo: tengo que aprovechar los buenos libros gratis. En mi casa no hay ninguno y no sé si tendré dinero al salir de aquí para comprarlos. Lita se topó con un tema que nunca se había planteado: mucha gente como Juan no tenía dinero para comprar un libro. En su casa no se hablaba de dinero, estaba mal visto. Las cosas se podían comprar o no, sin más explicaciones. Sabía que muchos de sus compañeros, Juan entre ellos, habían solicitado becas para pagar la matrícula y los libros, y que sus familias lo pasaban mal para llegar a fin de mes. Su familia, en cambio, vivía sin lujos pero no les faltaba de nada. Don Camilo había ascendido a gerente ya por aquel entonces y sus ingresos eran suficientes para dar una vida digna a su extensa familia. Además, en aquellos años casi todos sus hermanos ya tenían trabajo.

Juan estaba perdidamente enamorado de ella. Lo estuvo desde el momento en que la vio el primer día de clase. No tardó mucho Lita en sentirse más protegida en la Normal que en su propia casa. Juan la cuidaba mejor que un adulto, y para desahogos y consultas

muy personales la tía Sofía era insustituible. Durante estos años Lita convivió con alumnos de todo tipo, tuvo profesores de mente abierta, cerrada, religiosa, agnóstica y atea. Compartió su tiempo con personas distintas a ella, aprendió historias de otros lugares y otras épocas y tuvo la oportunidad de comprobar que el mundo era mucho más grande de lo que ella había pensado. Aunque a veces las olas del Atlántico acercaban al puerto relatos de otros mundos, aquella ciudad apartada de los caminos comerciales del interior, tan alejada de la capital y tan cercana al fin de la Tierra había aprendido a vivir sin contar mucho con el mundo exterior. Las noticias llegaban tan lentamente como los transportes, por tierra o por mar, pero siempre tarde, y por lo tanto todo lo que venía de fuera era pasado y ya menos importante. Solo lo de casa era presente y hacía vibrar a los ciudadanos. Lita pensaba que la Normal era como si tuviera un cable permanentemente conectado con otros mundos. Suponía que la radio siempre conectada en la sala de profesores era la razón por la que estos se enteraban de todo antes que nadie, y por lo que las noticias del exterior alcanzaban la misma importancia que las locales. Esto, a ella le sorprendía mucho, porque hasta ahora nadie le había dicho que lo de lejos podía ser tan importante. Alguno, como el profesor de Historia, dedicaba parte de su tiempo a poner al día a sus alumnos, pues siempre insistía en que era absurdo estudiar otras épocas si no sabías lo que estaba pasando en la tuya y al revés, para entender la tuya también necesitas saber qué había pasado antes. Fue así como Lita empezó a enterarse poco a poco del significado de palabras que hasta el momento habían sido patrimonio exclusivo de los mayores. Se les explicaba lo que era la derecha, la izquierda, la monarquía, la república, la masonería, la reforma militar, los conflictos religiosos, se hablaba de Azaña... Si bien es verdad que el interés de Lita por estos temas no era tan apasionado como por otras asignaturas, también es verdad que este gran profesor conseguía contarlos de forma que sus jóvenes oyentes disfrutaran plenamente de sus clases. Su amigo Juan sí que era uno de los apasionados de esta clase de Historia. Años más tarde, cuando los terribles acontecimientos de su país empezaron a afectar a Lita

de forma directa, volvería su mente hacia aquel viejo profesor para intentar comprender algo de lo que sucedía a su alrededor.

La mente de Lita absorbía como una esponja toda la información que recibía y cuando aquello que le enseñaban chocaba radicalmente con lo que hasta ese momento había aprendido en casa o en el colegio de monjas, intentaba analizarlo sin ayuda, pero con frecuencia era incapaz de llegar sola a una conclusión. Juan siempre estaba dispuesto a debatir y opinar de cualquier tema por muy espinoso que resultara, pero a veces Lita necesitaba un apoyo con más años. Era entonces cuando acudía al despacho de su tía que siempre estaba dispuesta a recibirla. Al terminar el horario de clases era cuando Lita sabía que podía ir a verla con tranquilidad y pasar largos ratos hablando con ella. Todo parecía fácil a su lado, ella que siempre había pensado que los adultos eran muy complicados. En aquella habitación Lita se hizo mayor. Entendió, sin darse cuenta, lo que significaba ser buena persona, acogedora, responsable y libre. Por primera vez una persona mayor le decía que reírse y pasarlo bien era bueno y saludable y no una ligereza y también por primera vez podía preguntar, sin pasar vergüenza, sobre lo que sentía su cuerpo descontrolado. La tía Sofía siempre estuvo al día de los amores y desamores de su sobrina y fue la primera en saber la conversación de doña Petronila con el lechero respecto a su hijo y el rencuentro que ambos chicos tuvieron el primer día de clase. Aunque Lita tardó un tiempo en contárselo.

—Tía, ¿puedo entrar? —Asomó la sonrisa de Lita por la puerta del despacho de la planta baja.

—¡Ah! Lita, pasa, pasa.

—Si tienes un rato te cuento algo.

—Naturalmente, ¿todo bien?

—Sí, muy bien, cada día me gusta más estudiar aquí, aunque me dan un poco de miedo los exámenes.

—Anda, doña Agonías, tú no vas a tener problemas, y además aún falta mucho. ¿De qué se trata? —indagó la tía.

—Es que...he tardado un poco en venir a contártelo porque me daba, no sé, apuro o algo así, pero quiero que tú lo sepas. Es sobre mamá.

—Adelante —contestó su tía preparando la mente para recibir cualquier estupidez de su cuñada.

—¿Te acuerdas de Juanito, el hijo del lechero que era mi amigo de pequeña?

—Sí, por supuesto.

—Pues lo encontré en mi clase el primer día. Llevaba años sin verlo. Le di un abrazo delante de todo el mundo. ¡Qué alegría volver a verlo!

—¿Cómo es que no le habías visto durante ese tiempo?

—Eso era lo que quería contarte. Mamá... que fue un día a la lechería y le dijo a su padre que ya no necesitaba sus servicios y que además no quería que Juan volviera a verme. Y eso... me parece horrible. ¿Tú qué piensas?

—Estoy de acuerdo contigo, también me parece horrible, pero, sin embargo, tu madre cree que hace lo mejor para ti.

—¿Y no se le ocurre pensar que a mí me gusta ser su amiga? ¿Y que Juan es una buena persona? ¿Y que no pasa nada porque sea hijo del lechero?

—No, solo se le ocurre que Juan no es un amigo adecuado para ti. Y menos ahora que te estás haciendo una chica mayor.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No querrá que se enamore de ti.

—¡Vaya tontería! Seguro que papá no piensa lo mismo.

—Es posible.

—¿Sabes qué?

—Me lo imagino.

—¿Qué te imaginas? —se sorprendió Lita.

—¿Qué se ha convertido en tu mejor amigo?

—Sí...es mi mejor amigo. Con todas las consecuencias. Le encanta la Historia y estudia muchísimo. Va a ser un gran maestro.

—Me alegro mucho, Lita. Pero no olvides lo que te dije de tu madre.

—Ya, pero cada día me entiendo peor con ella.

—A veces pasa. Son etapas que se irán pasando. Además, no todos los que conviven se entienden bien. Aunque seamos de la misma familia podemos ser muy diferentes. Bien lo sabes tú que tienes tantos hermanos.

—Sí, ya lo sé. Pero en casa manda mi madre...

Era frecuente que Sofía pusiera paz entre madre e hija cuando estallaban los conflictos, pero siempre discretamente, sin intrusiones innecesarias y ayudando en lo posible cuando Lita se lo pedía.

Fue el último curso el que más disfrutó Lita por ser el de mayor contenido profesional. Las asignaturas teóricas se combinaban con mucha práctica, seminarios y trabajos de especialización. Las enseñanzas especiales de retrasados, superdotados, párvulos, etc., fascinaban a Lita. Las clases de pedagogía y organización escolar le parecían especialmente interesantes. Juan, sin embargo, seguía volcado con su Historia. Releía todos los libros que estaban a su alcance especialmente los de Historia de España. Algunos hasta tres veces. En este último año de carrera Juan se convirtió en el líder absoluto de los estudiantes. Era muy respetado y querido por sus compañeros aunque sus convicciones a veces tan radicales revolvían con frecuencia la paz interior de Lita. Aunque con ella siempre fue dulce y cariñoso, era cuando le escuchaba en las asambleas y

reuniones cuando Lita se sorprendía de la fuerza con que defendía y luchaba por sus ideas y casi le asustaba el poder con el que manejaba al resto de los estudiantes. Fue el día en que Juan convocó una huelga en la Normal cuando Lita se enfrentó a él directamente.

—De verdad, no te entiendo —le dijo muy enfadada al salir de clase unos días antes.

—¿Qué no entiendes? Está bien claro —contestó él también airado.

—¿Merece la pena perder horas de clase por semejante tontería?

—O sea, que consideras una tontería la reducción de becas... Como tú no las necesitas. Eso se llama clasismo, por si no lo sabías.

—No quería decir que eso fuera una tontería, me refería a que hay otros medios de negociar...

—Con la nueva dirección es imposible.

—Puede que no dependa de ellos.

—Me da igual de quién dependa. Lo que pretendo es que se enteren de nuestro rechazo. Escucha bien, Lita, mi hermano pequeño también quiere estudiar Magisterio. Si no le conceden una beca no podrá comprar libros ni estudiar.

—Si eso me parece bien, lo que no me gusta es perder clases —dijo Lita, que era la primera vez en su vida que se enfrentaba a una huelga.

—Todo en la vida cuesta sacrificios, especialmente los avances sociales. Tu actitud también se llama egoísmo. Deja de mirarte el ombligo y observa el mundo a tu alrededor. No todos tienen la misma suerte que tú —dijo el chico en un tono que Lita desconocía.

—No sé... lo siento, pero es imposible que no se puedan conseguir resultados por otros medios.

—¿Piensas que no lo hemos intentado? Llevamos todo el curso con reuniones y no conseguimos nada. Han aumentado el

número de plazas y reducido el de las becas. En mi caso no han podido quitármela por mi expediente, pero si lo hubieran hecho ya no estaría aquí este año. ¿No ves qué injusto es? ¿Que estamos retrocediendo? ¿Quién va a defender nuestros intereses si no los defendemos nosotros? Los nuestros... Los de tu clase son diferentes. —Juan se levantó y se fue.

Lita se vio obligada a hacer huelga porque nadie asistió a clase. Se pasó los días en la biblioteca estudiando. No asistió a la pequeña manifestación organizada por Juan ni volvió a hablar con él hasta pasados unos días. El chico estaba eufórico con el éxito de la convocatoria.

—¿Se te ha pasado el enfado? —le preguntó ella.

—Más o menos.

—Lo siento, era la primera vez que me enfrentaba a una situación así.

—Lita, ya va siendo hora de que entiendas que la vida te va a poner en situaciones que te obligarán a tomar partido y que las decisiones que adoptes pueden ser muy duras si de verdad te enfrentas a los que tienen el poder. Y que a menudo no solo puedes pensar en ti misma, sino que debes abrir la mente hacia los demás aunque tu vida esté resuelta.

—Sí.

—¿Lo entiendes?

—Sí

—¿No tienes nada que decir?

—No

—Pero ¿estás de acuerdo o no?

—Sí.

—Eres el colmo de expresividad.

—Lo siento, no me salen las palabras.

—¡Qué raro! Esto es insólito en ti, será que te estás haciendo mayor... —dijo Juan sonriendo y dándole un beso de paz.

—Será —dijo ella también sonriendo.

Cuando Lita recibió el título de maestra se había convertido en una gran mujer. Entre su espectacular aspecto, su alegría y su personalidad, tenía a la mitad de la población masculina de la ciudad con mal de amores. Doña Petronila no daba crédito a sus ojos y nunca pudo entender cómo su alocada hija pequeña tenía más éxito que su hermana, con lo bien preparada que estaba su hija mayor. Lita comenzó su año de práctica remunerada en una escuela primaria en las afueras de la ciudad. La sensación fue impactante. Como toda su vida, aquella etapa la vivió con una intensidad que sorprendía a sus tutores y a la Inspección. Además, era muy gratificante la novedad de encontrarse al final de mes con un pequeño sueldo, ganado en un trabajo que no solo le gustaba sino que le parecía apasionante. Los ratos libres los dedicaba a leer en la biblioteca de su antigua escuela, a charlar con su tía o a pasear con algunos de sus admiradores a escondidas, claro está. Hasta el momento ninguno de estos había conseguido conquistar de verdad su corazón. Le faltaba tiempo. Su amigo Juan había sido destinado a una escuela en el otro extremo de la ciudad y aunque no dejaron de verse, sus encuentros se redujeron considerablemente. En esta época de su vida aparecía por casa lo menos posible. Su hermano Camilo, que llevaba una vida mucho menos intensa, la echaba mucho de menos. Su madre, doña Petronila, no conseguía pescarla dos minutos seguidos para enseñarle las labores importantes de la casa y se concentraba en casar bien a su otra hija, que se lo merecía mucho más que su hermana. Por aquel entonces, esta mujer estaba ya totalmente convencida de que su hija pequeña se había perdido definitivamente. Nada bueno podía hacer una señorita de su edad tantas horas fuera de casa. Y su cuñada era la culpable con sus moderneces. Jamás le perdonaría la última faena. Es que cuando se acordaba todavía se le llenaban los ojos de lágrimas y el corazón de vergüenza.

Fue Sofía la que entregó a Lita el título de maestra en la solemne ceremonia de final de carrera. Dentro del pergamino enrollado y atado con una cinta roja apareció otro papel que decía: “Eres mi orgullo y quiero celebrarlo contigo. Estás invitada a venir conmigo a Madrid el día 15. Ya tengo los billetes del autobús”.

La invitación originó la primera tragedia familiar prolongada. Si no llega a ser por sus convencimientos religiosos y ataduras sociales, D. Camilo hubiera pensado en la posibilidad de un divorcio. La continua tabarra a la que su mujer le sometía día tras día, de la mañana a la noche era completamente insoportable. El victimismo en el que se hundía cuando veía que su esposo se enfadaba le daba ganas de salir corriendo y juntarse en Madrid con su hija y hermana. El día que llegó un telegrama diciendo que tía y sobrina no solo estaban bien sino que lo estaban pasando de maravilla, doña Petronila se desmayó, única vez en toda su vida, ya que la pobreza del resultado la convenció de que ese recurso había dejado de impactar al género masculino.

Lita creyó descubrir el mundo durante aquellos quince días. Jamás había pensado que una ciudad pudiera ser tan grande, llena de gente tan atareada, que hubiera tantos autobuses, tranvías, coches, ruidos, casas. No consiguió averiguar si le gustaba o no, si le gustaría vivir en ella o no, su mente saturada de impresiones y novedades no tenía tiempo material de analizar nada y menos de tomar decisiones. Se hizo rumiante. Había que tragar sin masticar para digerirlo en reposo cuando todo se hubiera calmado. Pasaron las dos semanas en la pensión Rosa, en la Gran Vía, en el primer piso de un edificio señorial que la propietaria había heredado de sus antepasados y que al no poder mantenerlo había decidido sacarle provecho. Como Sofía era íntima amiga suya, les habían dado la mejor habitación de la casa, la que tenía un balcón a la calle desde el que Lita estudiaba la ciudad. Un día, ya casi al final de su estancia, pasó por allí debajo una gran manifestación. Eran obreros en paro. Al día siguiente pasó otra de estudiantes enfurecidos. Rosa estaba muy preocupada; el ambiente se estaba deteriorando por

momentos y la situación era muy confusa. Temía que su negocio se resintiera al estar en un sitio tan céntrico por el que pasaban todos los problemas que surgían en la ciudad. Después de la cena las dos amigas pasaban largas horas hablando de política, intentando descifrar la complicada situación que estaban viviendo. Lita se sentaba cerca escuchando con atención y completamente desbordada por tanto acontecimiento seguido. Los últimos días salieron menos y contemplaron más desde su balcón. Lita aprendió en aquellos días mucho más que en toda la carrera. Descubrió un aspecto nuevo de su tía, más enérgico, más radical de lo que hasta el momento había visto en ella, y percibía claramente la empatía que unía a estas dos mujeres. No es que descubriese un aspecto distinto de la personalidad de Sofía, era la misma personalidad pero reforzada, potenciada por la seguridad y la claridad de ideas que emanaban de Rosa. Estaba claro, la imagen que la familia González tenía de ella estaba bastante emborronada. Quizás fuese doña Petronila, con todo su rencor, la que mejor intuía la verdadera forma de ser de su cuñada.

—Bueno, Lita, se acabó la escapada. Espero que la hayas disfrutado —le dijo Rosa la última noche.

—Muchísimo, pero se ha hecho demasiado corta. Imposible asimilar todo lo que he visto y oído —contestó Lita.

—Se irá sedimentando cuando llegues a casa —aseguró Sofía.

—Espero que no te hayan asustado nuestras conversaciones. Por lo que sé, en tu familia no se admiten discrepancias ni puntos de vista diferentes. Aunque me imagino que Sofía actuará de contrapeso —comentó Rosa.

—Sí, es verdad. La tía es mi roca privada. La verdad es que no sé cómo describir estos días. Ha sido todo tan nuevo e interesante... Puede que lo mejor fuesen las charlas después de cenar, los repasos de lo visto durante el día, las discusiones y las noches interminables. Cuando por fin nos acostábamos era imposible dormir. La emoción que me provocaban vuestras palabras, el susto que me producían algunas afirmaciones y la admiración que sentía cuando

os escuchaba defender esas ideas que estoy empezando a descubrir, me mantenía despierta horas y horas. Aparte del sueño, me voy llena de ideas nuevas y sin ninguna gana de irme. Ha sido insuperable. Gracias por todo, Rosa.

—Volveremos a vernos, niña. Prometes, y estoy segura de que tu vida será intensa y nada fácil. Las personas de tu estilo no paran de meterse en líos... Te deseo lo mejor, vive con autenticidad y sé feliz siempre que puedas.

—Es una mujer increíble —decía Lita ya en el autobús de vuelta.

—Sí, siempre ha sido especial —contestó Sofía algo ausente.

—¿Cómo la conociste?

—Fui la primera clienta que entró en su pensión, hace ya algunos años... Nos entendimos tan bien que a los pocos días éramos grandes amigas. Siempre le ha gustado meter la nariz en todo, conoce los rincones más escondidos de Madrid y a muchísima gente. Desciende de una familia de clase alta aunque arruinada por los desmanes cometidos por su único hermano, que murió en accidente cuando apenas quedaba nada, solo la casa que ha heredado ella. Sin embargo, siempre le ha gustado moverse en ambientes comprometidos con todas las causas sociales, no soporta las injusticias, la hipocresía de la sociedad y es capaz de morir por defender sus ideas. Antes era como un toro bravo, pero el paso del tiempo ha ido convirtiendo su agresividad en sabiduría, eso sí, sin cambiar para nada sus valores. Tiene un gran fondo y siempre que puede ayuda a todo el que lo necesita. Sí, es una gran mujer. A su lado he aprendido mucho de lo que ahora defiende.

—Se nota que la admiras —dijo Lita.

—Mucho. No es fácil encontrar personas como ella.

—¿Por eso vienes tanto a Madrid?

—Madrid me encanta, pero si no estuviera ella seguro que vendría mucho menos.

La vuelta a casa fue dura. Doña Petronila se enfurruñó durante una larga temporada y el ambiente estaba demasiado cargado para que la convivencia fuera soportable. Lita dedicó el tiempo restante de aquel verano a digerir todo lo que había vivido en la capital.

Los sábados era costumbre que la gente joven de aquella aireada ciudad asistiese a las verbenas del Casino. Las González eran siempre escoltadas por alguno de sus hermanos. En estos bailes solían descubrirse aquellas parejas hechas para la eternidad y que compartirían sus vidas con la bendición de la sociedad, pues al Casino solo se permitía la entrada a gente “conocida”. Si algún desconocido aventuraba su nariz por la puerta, y no iba acompañado de un conocido, era automáticamente expulsado sin piedad. Sin embargo, y aunque nadie lo reconociera, eran los desconocidos los más cotizados precisamente por ser desconocidos. Uno de estos sábados apareció un desconocido solo. Milagrosamente nadie intentaba echarle, pero todos le miraban. Lita, que estaba de espaldas en medio de un grupo ruidoso, fue rápidamente avisada de la osadía. Totalmente atraída por dicha osadía se volvió descaradamente para verle. El intruso, al encontrarse de repente con semejante mujer frenó en seco, se inclinó y debajo de su ridículo bigotito apareció primero una inmensa sonrisa y salió después una sonora carcajada.

—¡Uy! Perdone, señorita, es que acabo de perder una cena.

Lita lo miraba y escuchaba profundamente divertida. Aquel desconocido era un poco raro. El marcado contraste de colores en su cara, el negro azabache de pelo, cejas y bigote salpicaba la blancura lechosa de su piel. Era muy alargado todo él, la cara, la frente, las orejas, los brazos, como recién salido de un cuadro del Greco. Su aspecto transmitía alguna carencia en la salud y sin embargo su vitalidad desmentía esta impresión. Había chispas en

sus ojos, y entusiasmo muy blanco en su sonrisa. También debía de ser algo mayor, pues aquella ropa tan formal...

—¿No le interesa saber el motivo de mi inoportuna carcajada?

La carcajada salió ahora de la garganta de Lita. El desconocido pareció sorprenderse.

—¿Por qué se ríe usted ahora?

—Por lo mismo que usted.

—¿Cómo? ¿Acaso es usted adivina además de guapísima?

—No soy adivina, pero yo también acabo de perder otra comida.

—Dios mío, ¿tan joven y ya hace apuestas?

—Como usted.

—Pero yo soy un hombre...

—¿No será usted de los que...?

—Ande, cuénteme el motivo de su apuesta. Me siento profundamente interesado en saber sus razones aunque sea una indiscreción.

—Usted primero.

—La persona que me trajo aquí esta tarde me dijo que iba a ver a la mujer más atractiva de todas las que había visto en mi vida, y como lo miré con una cierta incredulidad, me hizo prometerle que si era verdad le invitaría a cenar. Después de conocerla creo que mi amigo se merece incluso dos cenas porque estar a su lado es como subir al cielo.

—¡Ohhh, qué amable!

—Su turno.

—Es que ya se hablaba de usted en la ciudad esta tarde...

—¿De veras? —El que parecía ahora tremendamente divertido era el intruso—. ¿Y?

—Decían que había llegado uno nuevo desde Madrid, que se iba a quedar una temporada porque venía a trabajar en algo del puerto, que era muy alto y que tenía un bigote muy negro y una piel muy blanca.

—¿Y la apuesta? —consiguió decir el nuevo después de otra carcajada.

—También se decía que el recién llegado tenía la risa más contagiosa jamás oída por estas tierras. Yo no me lo creí, pues conociendo a mis hermanos...

—Entonces, ¿considera que ha perdido usted la apuesta?

—Totalmente, Dios mío, ¿cómo lo hace?

—Llevo muchos años practicando para este momento...

—¿Y no se desgasta?

—¿No ve lo delgado que estoy?

—Su demostración ha sido un éxito. Ahora, como ya ha pasado el momento, puede relajarse y volver a la seriedad.

—Creo que si estoy con usted nunca lo conseguiría.


—Pues ande con cuidado que esta es una ciudad muy seria. —Y diciendo esto Lita dio media vuelta y se alejó.

—¡Oiga, no me ha dicho su nombre!

—¡Seguro que ya lo sabe!


Cuando empezaron los bailes, el intruso lechoso se acercó a ella en repetidas ocasiones y con ayuda de la música la hizo volar en sus brazos.

El sábado siguiente volvieron a encontrarse. Ya para entonces toda la ciudad conocía la vida y milagros de aquel forastero. Al parecer había llegado hasta allí con un encargo importante. Debía realizar unos estudios sobre unas edificaciones en el puerto, porque don José Aparicio era aparejador. También se sabía que don José, que se hospedaba en un hotelito cerca de los jardines, iba a permanecer



una temporada en la ciudad y que al terminar su trabajo tendría que trasladarse a Vigo para realizar allí el mismo cometido que lo había traído por el norte de Galicia. Por descontado, ninguna madre ignoraba ya que aquel hombre tan blanco del interior era soltero y sobrino del famoso maestro Aparicio, profesor de esgrima de reyes y nobles. No tardó mucho José Aparicio en ser aceptado por aquella estrecha sociedad, con todas sus bendiciones.

Lita coincidía demasiado con aquel hombre que la inquietaba. Se lo encontraba a la salida del trabajo, por la calle, en los jardines, en el Casino. Siempre la acompañaba como de casualidad y, la verdad, ella se dejaba llevar. Algo nuevo le estaba pasando pues su corazón alegre empezaba a latir diferente. Tenía por entonces veinte años y su vida había sido hasta el momento suave y acogedora. Hacía tiempo que era consciente de que su físico y su personalidad eran poco corrientes, pero no le daba la más mínima importancia, el mérito no era suyo. Además, a veces no era tan fácil ser distinta, no había manera de entenderse y todo se complicaba tontamente. Tenía muy pocas necesidades y sin embargo sabía aprovechar muy bien las pequeñas cosas que los días cambiantes del Norte le ofrecían desde el amanecer. Cuando no llovía, paseaba. Cuando el temporal estaba en la mar podía pasar horas enteras mirando las olas deshacerse entre las rocas. Si había que quedarse en casa leía o cuidaba sus plantas. Simplemente se sentía bien y todavía no le había llegado el momento de hacerse grandes preguntas. La vida había sabido respetar su infancia y su juventud. Y fue precisamente este equipaje de seguridad el que la ayudaría a salir adelante en los eternos momentos sin sol. Por todo ello no sentía la más mínima necesidad, ni prisa, en cambiar nada de su vida y en principio rechazaba instintivamente todo aquello que pudiera alterar su entorno. Pero aquí se encontraba a menudo con una gran contradicción, porque su espíritu aventurero y soñador se le rebelaba de vez en cuando. Probablemente era lo que le estaba pasando en este momento cuando aparecía milagrosamente José Aparicio al doblar una esquina. Se reía mucho con él y de él, le tomaba el pelo o se lo dejaba tomar con una gran despreocupación



y familiaridad, pero aquel hombre tan largo, tan blanco, le daba escalofríos. Intuía algo desconocido y diferente en él que la atraía como un imán. Poco a poco fue descubriendo aquellas diferencias que lo hacían tan atractivo: era tremendamente fácil entenderse con él pues su cabeza era clara como el agua, sin cuevas ni recovecos oscuros. Siempre decía lo que pensaba con total naturalidad y a ella esto le parecía maravilloso. Era, además, más divertido y ruidoso que todos los de la ciudad juntos. A su lado se podía pasar un rato sorprendente con la excusa más simple, y José disfrutaba como ella de todas las cosas pequeñas que los días le iban preparando. Sabía hacer muy importantes los momentos agradables, y por el contrario conseguía que situaciones desagradables fueran pronto olvidadas. La seguridad en sí mismo la aturdía y le hacía descubrir, por comparación, lo poco seguros que eran los hombres que había conocido hasta entonces. Esa seguridad se la transmitía cuando estaba con él, y la hacía sentirse protegida. Pero este sentimiento de protección era nuevo y diferente a todo lo anterior. Hasta ahora, ella se había sentido cuidada y segura, pero de otra manera. Julia, su padre o Camilo la habían cuidado mucho, pero siempre hacia dentro, en un entorno muy pequeño. Hubiera sido impensable que Julia supiera enseñarle el camino de una vida lejos de su casa o de su aldea. A la tía Sofía, que la había protegido en su etapa de la Escuela y que tantas cosas le había enseñado, también la sentía limitada a su entorno. Con este hombre venido de fuera se sentía tan segura que incluso a veces se imaginaba que ambos se iban a otros mundos a correr enormes y arriesgadas aventuras.

Lita todavía no era consciente por aquel entonces de que aquella seguridad y protección tan básica, instintiva y casera, que le dieron aquellos personajes de sus primeros años de vida, serían los pilares de hierro que la mantendrían en pie hasta el día de su muerte. También, sin saberlo, ella haría lo mismo cuando la vida le ofreció la oportunidad años más tarde.

Pero el aspecto del carácter de José Aparicio que le causaba mayor fascinación era su apasionamiento. Dios mío, era tan

emocionante escucharlo cuando hablaba de fútbol, de su trabajo, cuando defendía a alguien o algo, cuando describía un paisaje que le gustaba o cuando le decía aquellas cosas con tanto entusiasmo. Incluso cuando discutían y no se ponían de acuerdo, la pasión arrolladora de aquel hombre siempre terminaba venciénola. Para colmo, aquel madrileño sabía y practicaba esgrima, un deporte tan viril del que nunca había oído hablar antes y que él se esmeraba en explicarle y hacerle alguna pequeña demostración cuando estaban a solas. Pasaban los meses y José se convirtió en el acompañante preferido de Lita. Nunca quedaba con él pero él seguía apareciendo misteriosamente en las esquinas. Era con él con quien más bailaba, hablaba, paseaba y reía. Doña Petronila estaba perfectamente al tanto de los coqueteos de su hija, y aunque nunca se hubiera atrevido a confesarlo, en el fondo de su corazón deseaba ardientemente que aquel hombre tan caballero y al parecer de tan buena familia, se llevase a ese terremoto de hija que tanto le había hecho sufrir. En misa rezaba todos los días muy bajito pero muy intenso para que se cumplieran sus deseos. Pero con el paso de los meses también se reducía el tiempo de estancia en la ciudad de aquel aparejador. Su trabajo estaba a punto de finalizar y un día así se lo comunicó a Lita al final de un paseo.

—Lita, no tengo más remedio... Bueno, que ha llegado el momento de despedirme de esta encantadora ciudad, del hechizo de su niebla, sus vientos, sus mares y su gente. De la magia de tu acento, tu sonrisa y tu alegría. Lita, has conseguido en tan poco tiempo que mi corazón permanezca para siempre en estas tierras salvajes en medio del océano. No sé cómo voy a sobrevivir lejos de aquí. —José Aparicio no pudo continuar y tras una mirada penetrante, abrasadora, hizo una leve inclinación y se alejó corriendo. Antes de desaparecer detrás de una esquina le gritó:

—¡Nunca dejaré de escribirte!

Lita sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Se convirtió en gaviota y voló detrás de aquel hombre que le hacía tiritar de pasión.

